

ASPECTOS DEL MATERIALISMO FILOSOFICO

ALVARO ROJAS DE LA ESPRIELLA
Profesor U. Central

El materialismo dialéctico e histórico es el tesoro más valioso que haya podido conquistar la humanidad. Pero su riqueza y su verdad no germinan ni se esparcen por **generación espontánea**. No son fruto que madure por el mero hecho de adherir a sus postulados; es fácil creerse materialista dialéctico hacia adentro cuando por fuera se le rinde culto a la escolástica.

El mejor tributo que podemos rendir, en el orden de las ideas y de la práctica, al mundo de hoy y de mañana, es el de adentrarnos en la difícil filosofía materialista dialéctica, pensar en función dialéctica, actuar dialécticamente, con la **materia** como categoría fundamental de nuestra praxis, o sea, hacer del materialismo una filosofía combativa, polémica, que desaloje a los intrusos que furtivamente se han colado en ella para convertirla en un remanso inofensivo; desechar la creencia de que el marxismo ya está culminado y rematado, de que es una ciencia deductiva donde ya todo está dicho en los textos **sagrados** y no hay más que acomodar las frases a los actos.

Nada más ajeno al espíritu de los fundadores del marxismo que el ánimo libresco. Si el marxismo es una filosofía polémica y combativa, ello significa su rechazo a lo consagrado por la paciencia, la contemplación, la conformidad.

El materialismo dialéctico moderno, cuando la ciencia se ha vuelto una fuerza productiva directa, a más de combativo, estimulante e impulsor, tiene que despojarse de temores. **El marxismo, en la segunda mitad del siglo XX, debe hacerse presente en todos los órdenes de la actividad humana y debe dar una respuesta, acorde con la dialéctica de la verdad absoluta y la verdad relativa, a todas las inquietudes del hombre, sin perder de vista jamás la misión de la práctica.**

“... Debemos comprender que sin una sólida fundamentación filosófica ningunas Ciencias Naturales, ningún materialismo podrían soportar la lucha contra el empuje de las ideas burguesas y el restablecimien-

to de la concepción burguesa del mundo. Para soportar esta lucha y llevarla a cabo con pleno éxito hasta el fin, el naturalista debe ser un materialista moderno, un partidario consciente del materialismo representado por Marx, es decir, debe ser materialista dialéctico..."

"... Por lo tanto, seguir de cerca los problemas que la novísima revolución en la esfera de las Ciencias Naturales destaca y atraer a esta labor, en la revista filosófica (se refiere a la Rev. **Pod Známeniem Marxisma**), a los investigadores naturalistas, es una tarea sin cuyo cumplimiento el materialismo militante no puede ser en modo alguno, ni militante ni materialismo". (Lenin, **Obras Escogidas**, T. 3, Editorial Progreso, Moscú, 1966, pág. 692).

Así se expresaba Lenin, en 1922, respecto de la alianza de las Ciencias con el materialismo dialéctico. ¿Qué podremos decir medio siglo más tarde sobre tal problema? Estamos, pues, ante el materialismo como militancia, como práctica histórico-social, lo cual nos permite sentar la premisa inicial de nuestro pensamiento acerca del sentir filosófico de Lenin, y con él, de los clásicos del marxismo. Marx, Engels, Lenin, **terrenalizaron** la filosofía; la hicieron descender del cielo al cerebro de los hombres; de un imposible tornaron el conocimiento en un quehacer. El marxismo-leninismo humanizó el mundo y con él la filosofía. **Marxismo** igual a **humanismo terrenal, social**.

Todo en la obra de Lenin es lucha, combate. Ninguna de sus obras, de sus artículos, de sus discursos tiene que ver con la somnolencia o el letargo. En ellas ni remotamente hay una invitación a la poltrona, al descanso. Todo en el pensamiento de Lenin es como su vida: acción, movimiento, desarrollo. Por eso la de Lenin no es la figura del filósofo convencional, **encumbrado**, sino la de quien cree que el pensamiento es para encarnarlo en el mundo, introducirlo en este y cambiarlo en consonancia con la dimensión del hombre. Pensamiento y acción. Teoría y práctica son el **leit-motiv** de su obra. Si con su ejemplo Lenin superó la imagen del pensador clásico también inició la del hombre nuevo, la del filósofo revolucionario, que sabe que la teoría y la práctica, aunadas, hacen al hombre. Lenin fue un minucioso constructor de cosas sólidas. Por eso destruía lo débil y endeble; es así como vemos a lo largo de su obra y de su vida, esa infatigable capacidad para el combate, para la afirmación en la negación y la negación en la afirmación. Felino en el desplazamiento, humano en el objetivo, Lenin hizo de su obra un jadeante cuerpo a cuerpo contra todo lo que fuese obstáculo para el desarrollo de la humanidad y su progreso; o se levantara contra el hombre genérico, el creador, el trabajador. El hilo conductor del pensamiento de Lenin, que viene de Marx, es el de recobrar para el hombre todo su rango y dignidad. Poner al hombre como meta de todas las cosas. Mas Lenin no diferenciaba el hombre del trabajador, del creador. Aunque en apariencia no se vea, Lenin, con su furiosa actividad política

quería desentrañar de los tentáculos de la explotación la esencia humana. Digo mejor, que después de terminada la explotación es cuando se ve aparecer al hombre como hijo de su actividad primaria: el trabajo libre. "Lo fundamental en la doctrina de Marx es el esclarecimiento del papel histórico mundial del proletariado como creador de la sociedad socialista". ("Las vicisitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx, en *Contra el Revisionismo*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Hoscú, 1959, pág. 156). Poner al hombre en posesión de sus fuerzas, de sus capacidades, libre de cualquier yugo material o mental, dueño de lo más entrañable de su ser, de su esencia: dueño de su capacidad de creación. Mientras haya quien trabaje para otros, quien cree para extraños, la esencia humana estará enajenada, extrañada, y no podremos pensar remotamente en la libertad, en el disfrute de la necesidad.

El concepto humanístico de Lenin está íntimamente vinculado con su vigorosa explicación del materialismo y enraiza directamente con el pensamiento de Marx, quien escribe en *El trabajo alienado*: "El trabajador se vuelve tanto más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más aumenta su producción en potencia y alcance. El trabajador se transforma en una mercancía tanto más barata cuanto más mercancías crea él. Junto con la valorización del mundo de las cosas aumenta, en relación directa, la desvalorización del mundo de los hombres. El trabajo no produce exclusivamente mercancías; se produce a sí mismo y al trabajador en tanto que mercancía, exactamente en la misma relación en la cual produce mercancías en general. La realización del trabajo aparece en el estado económico como **desrealización** del trabajador, la objetivación como **pérdida y sujeción del objeto**, la apropiación como **alienación**, como **exteriorización**. . . Pues según esta presuposición queda claro: mientras más el trabajador se exterioriza trabajando, tanto más poderoso se hace el mundo ajeno, objetivo, que él crea frente a sí; tanto más pobre se hace él mismo, su mundo interior; tanto menos le pertenece. Es lo mismo en la religión: cuanto más invierta el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo. El trabajador pone su vida en el objeto; pero luego su vida ya no le pertenece a él, sino al objeto".

En las anteriores palabras de Marx, se ve que es en la relación con su trabajo como el hombre, o bien se enajena, o bien se humaniza. De suyo es una respuesta clara a quienes creen en la humanización solamente como actividad del espíritu. En igual forma, sufren una derrota aquellos que piensan que el humanismo es la realización del individualismo. Si el trabajo es una actividad histórico-social, mal podríamos aceptar que la realización del **individuo** es la redención social. He ahí uno de los grandes escollos del humanismo burgués.

"El florecimiento de la vida espiritual de la humanidad no es posible sin un poderoso desarrollo de la producción material sobre la base de la propiedad social de los medios de producción;

El bien de cada individuo, el desarrollo de sus capacidades espirituales y físicas, no puede realizarse más que por la elevación del nivel material y espiritual de **todos**".

De tal manera que, sin la precisión que Lenin le dio al materialismo, de una parte, y sin una generosa concepción de la sociedad (supresión de la propiedad privada), de otra, vemos que es imposible rozar siquiera la noción del humanismo.

"Ser radical es tomar las cosas por la raíz y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo". Con este pensamiento, Marx destacaba que todo en su filosofía tenía como punto de partida —o de llegada— al hombre. Al ser que tiene que producir sus medios de subsistencia, que maneja instrumentos, que origina una conciencia y que transforma el mundo. Pero el hombre que produce en una sociedad de clases no es tal, pues ha perdido la subjetividad, la parte más cara de la humanidad.

Cuando decimos que Lenin a través de la acción política quería encontrar al hombre, entendemos al poseedor pleno de su conciencia, de su subjetividad. En su trabajo titulado **Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo**, Lenin emite este profundo y condensado juicio: "El marxismo es el sucesor natural de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés"; lo cual, en esencia, significa que el marxismo es la herencia de todo lo positivo que ha engendrado la humanidad y ha confluído en las citadas fuentes delineadas por Lenin. En el mismo trabajo se describen las tres partes integrantes del marxismo: el materialismo, la teoría de la plusvalía y la lucha de clases. Es preciso agregar lo escrito por Engels acerca de que el marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción, y la onceava **Tesis sobre Feuerbach**, de Marx: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo", para tener la clave de lo que buscamos: el rescate de la subjetividad por el hombre mediante su actividad libre.

Con la pérdida de la subjetividad el hombre queda exteriorizado en los objetos, se enajena, queda convertido en un objeto más. ¿Y qué otra cosa hacen los enemigos de la humanidad sino mantener las causas de la enajenación? La lucha por el humanismo real, efectivo, es de carácter revolucionario, de clase; tiene fundamentos económicos. De ahí que los trabajadores del mundo tomen por cuenta propia las aspiraciones de la filosofía y cumplan el mandato de la onceava **Tesis sobre Feuerbach**.

Los hombres alienados encuentran la subjetividad dominada por el objeto; su esencia está diseminada entre las cosas que ha creado; en la naturaleza, ante la cual se siente impotente; en el poder del Estado,

ante el cual siente el miedo a la violencia; en el poder divino, ante el cual se inclina medroso y reverente. Todo ello le es una fuerza exterior, ajena, irreconocible e inalcanzable. La filosofía agnóstica puesta en práctica.

Como los fundamentos de la alienación son económicos, el primer objetivo de la lucha contra la alienación ha de ser económico.

Mas ello no quiere decir que sea el único de los objetivos.

Puede ocurrir que una vez liberado económicamente un pueblo, su conciencia siga enajenada. Mal podríamos pensar que la transformación económica es la esencial y que todo lo demás viene por añadidura. Puede llegarse al socialismo y la conciencia de los hombres seguir exteriorizada, digamos por caso, en el poder político. El dirigente puede ser divinizado como en el caso del culto a la personalidad.

El caso de América Latina es un doloroso ejemplo de lo que puede ser la conciencia exteriorizada. El trabajador latinoamericano es un medio de bienestar para el imperialismo. Rodeado de fuerzas extrañas vive sumergido en un mundo incomprensible. La cultura, tan progresivamente avasallada por el irracionalismo, es cada vez más una fuerza de sometimiento entre nosotros. El hombre latinoamericano, rotas las posibilidades de vinculación con su medio, atezado por la angustia de no ser, se torna en un delirante a cuyos alcances no tiene sino la acción política, en sus formas más elevadas y organizadas.

Una de las vanguardias de América Latina, su novela moderna, es un lúcido expediente estético, es decir, humanizado, de todo lo que inhumanamente se padece en este continente; desde las instituciones con su incomprensible fachada, hasta la vida íntima de cada quien. Por eso en ella tal vez podamos encontrar el anhelado realismo de nuestra época. Expresando esta esperanza, la voz lírica más alta de América, la de Pablo Neruda, ha dicho también, hablando de la perdida conciencia humana:

No pude asir sino un racimo de rostros o de máscaras
precipitadas, como anillos de oro vacío, como ropas dispersas
| hijas de un otoño rabioso
que hiciera temblar el miserable árbol de las razas asustadas.
No tuve sitio donde descansar la mano y que, corriente como agua
| de manantial encadenado,
o firme como grumo de antracita o cristal,
hubiera devuelto el calor o el frío de mi mano extendida.
¿Qué era el hombre? ¿En qué parte de su conversación abierta
entre los almacenes y los silbidos, en cuál de sus movimientos metálicos
vivía lo indestructible, lo imperecedero, la vida?

Y luego:

Déjame olvidar esta dicha, que es más ancha que el mar,
porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas,
y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo
con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas.

En América Latina quizás conquistar la conciencia de la alienación, para superarla, es una de las tareas inaplazables por su envergadura. La capacitación teórica, sobre las bases de un conocimiento interno del marxismo-leninismo, es el punto de partida para alcanzar dicho objetivo.

* * * * *

Es ya una premisa, dentro de los términos del marxismo, la de que el leninismo es el marxismo del período imperialista. El desarrollo al cual lleva Lenin la doctrina marxista es fruto de una pasmosa actividad y de una capacidad teórica asombrosa.

La divulgación y el ejemplo de Lenin, aunque ha sido muy rápida, todavía falta por cubrir extensas zonas de la humanidad. Es una doctrina que bien divulgada, se convierte en un estilo de pensamiento y en un instrumento para la acción.

La premisa que arriba señalaba podemos completarla diciendo que el leninismo, a más del marxismo de la época imperialista, es también el de las revoluciones proletarias, el de la transición del capitalismo al socialismo, el de la edificación del comunismo. Pues bien, ¿cómo se expresa, o cómo se refleja toda esta problemática en la actitud filosófica de Lenin? Creemos que el núcleo o punto de partida del pensamiento filosófico de Lenin es la famosa, y ya citada, tesis de Marx: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo" (C. Marx, Ob. Cit., p. 428). Si tal tesis es la orientadora del pensamiento de Lenin, toda la constelación de ideas de este gigante gravitará, según creemos, en torno de su clásica e insuperable definición de materia. El marxismo, al desembarazar de su esencia ideológica a la filosofía, hizo de esta una ciencia. Al respecto ha escrito Louis Althusser:

"La forma superior de la teorización de la ideología es la filosofía, cuya importancia radica en que constituye el laboratorio de la **abstracción teórica** proveniente de la ideología, pero tratada por ella misma como teoría. Es como laboratorio de la teoría que la ideología filosófica ha desempeñado y desempeña aún un papel de gran importancia en el nacimiento de las ciencias y en su desarrollo. Hemos visto que Marx no suprimió la filosofía; por medio de una revolución en ella transformó la naturaleza de esta ciencia la desembarazó de la herencia ideológica que la trababa e hizo de la filosofía una disciplina científica; así le proporcionó medios incomparables para desempeñar su papel de teoría de la práctica científica real. "(Louis Althusser "Teoría, práctica teórica y formación teórica". En Rve. CASA de las AMERICAS N° 34 Feb. 1966 La Habana, Cuba).

Por ello, la comprensión de todos los grandes problemas que vió Lenin y el arma para su superación, debemos buscarlas en su inolvidable definición de materia. A través de élla se entra con inusitado vigor en la filosofía como teoría de la práctica científica real a la vez que ubica la posición del hombre en el mundo y por ende le transmite gran confianza en su acción, en su práctica.

El impulso que recibe la teoría del conocimiento, la profundidad a que se llega en el criterio de la práctica, la generalización y síntesis de los descubrimientos de las ciencias naturales; el robustecimiento de la doctrina del desarrollo, la concepción de la verdad, el partidismo en filosofía, su teoría sobre el estado y el imperialismo y en fin, toda la variada y compleja gama de conceptos con los cuales se enfrentó Lenin entroncan en su precisión sobre la materia. "La materia es una categoría filosófica que sirve para designar la realidad objetiva, que es dada al hombre en sus sensaciones, que es copiada, fotografiada, reflejada por nuestras sensaciones, y que existe independientemente de ellas". (**Materialismo y Empiriocriticismo**, pp. 137/38, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo 1948). Tal la definición como la encontramos en **Materialismo y Empiriocriticismo**. Más adelante, en dicha obra, completa su pensamiento de la siguiente manera:

"Porque la única 'propiedad' de la materia con cuya admisión está ligado el materialismo filosófico, es la propiedad de ser una realidad objetiva, la de existir fuera de nuestra conciencia". (Ob. Cit., pág. 290). De otra parte, sin lo cual sería imposible comprender la esencia del materialismo dialéctico y se correría el peligro de volver al materialismo metafísico, Lenin complementa aquello que es lo único absoluto para el materialismo dialéctico: el movimiento, y dice: "En el universo no hay más que materia en movimiento, y la materia en movimiento no puede moverse de otro modo que en el espacio y en el tiempo". (Ob. Cit., pág. 190). Así pues, las grandes coordenadas del materialismo dialéctico son, según el pensamiento de Lenin, la materia, el movimiento, el espacio y el tiempo.

Como dijimos, de la citada definición filosófica de materia parte la solución para muchos de los problemas que tradicionalmente habían preocupado a la filosofía, y sobre los cuales irrumpió aparatosamente el marxismo para resolverlos, aunque, como anota alguien, se trata de una definición abierta, es decir, que no ha concluído pues se enriquecerá infinitamente con la práctica y el conocimiento del hombre.

En su **Ludwig Feuerbach** y... escribe Federico Engels: "El gran problema cardinal de toda la filosofía, especialmente de la moderna, es el problema de la relación entre el pensar y el ser". La relación de estas primeras categorías de la filosofía y la ubicación de la primaria de ellas

para derivar la secundaria ha sido el gran problema filosófico de todos los tiempos hasta el advenimiento del marxismo. Pero como toda ciencia, el marxismo necesita vivir de su desarrollo. Las ciencias estratificadas, repetidas, sin descubrimientos nuevos, dejan de serlo y se convierten en dogma, en escolástica. La ciencia vive de sus descubrimientos; de tal manera, el deber de los marxistas auténticos es el de desarrollar el marxismo. De ahí que Engels dijera que con los descubrimientos de Marx el socialismo se convierte en una ciencia que debe ser desarrollada en todos sus detalles.

Con la definición que comentamos, encontramos que la materia es aquello que no tiene necesidad ni de la humanidad en general, ni de ningún hombre en particular, para existir. Lenin se cuida muy bien —y ahí está su capacidad filosófica— de no repetir los juicios de la filosofía natural, tan perjudiciales así para la filosofía como para la ciencia. Por ello, con su definición deslinda el objeto de la filosofía del de la ciencia, haciendo una definición esencialmente filosófica, ya que su meta es señalar qué es lo primario y qué lo secundario. Decir cómo es la materia corresponde al conjunto de ciencias, o a cada ciencia en particular, pero afirmar qué es, constituye la misión de la filosofía. Y la materia es toda la realidad objetiva que es dada al hombre en sus sensaciones y existe independientemente de ellas. El físico, el químico, el biólogo nos van diciendo, en la medida del desarrollo de sus propias ciencias, cómo es la estructura de la materia a través de cada una de ellas; el filósofo dirá qué es la materia, cuál o cuáles sus rasgos esenciales, el primero de los cuales es la **objetividad**.

Ahora bien. Un amplio número de profesores y filósofos adversos al marxismo se han ido, lanza en ristre, contra el concepto leninista de materia. No es casual que a la profundidad de éste se opongan con todas sus fuerzas para desdibujar sus alcances. Y precisamente uno de los argumentos que esgrimen contra Lenin y su definición es el de que en ella no se dice nada de la materia como tal, que no hace ninguna demostración ontológica, entendida esta por pensadores antimarxistas como Wetter y Bochenski como la **esencia espiritual**, trascendente y por fuera de toda conciencia humana.

Pero es que el juicio de Lenin sobre la materia es también gnoseológico, ya que establece una relación de conocimiento entre la materia y la conciencia. Cuando dice que es dada al hombre en sus sensaciones, **reflejada por nuestras sensaciones**, refiriéndose a la realidad objetiva, se va sentando principio gnoseológico como una relación entre el ser y el pensar. La crítica, pues, que hacen los anti-marxistas de hoy, a la definición de Lenin, obedece, entre otras cosas importantes, a que la filosofía idealista contrapone el problema ontológico con el gnoseológico, a partir de lo cual se rebaja la misión de la ciencia y por consiguiente la función del hombre como transformador del mundo. Lenin unifica, en su definición, los dos aspectos, y así, a la vez que consigna la prioridad de la mate-

ria sobre la conciencia, establece que el conocimiento es un reflejo de aquella sobre esta, una relación no pasiva, sino dinámica, ya que a su vez, la conciencia **práctica** sobre el mundo, lo modifica, y tiene su punto de sustentación en esa realidad objetiva: La materia. A partir de tal definición el conocimiento se humanizó plenamente.

En esta forma, se entiende que la subjetividad deviene de la objetividad, es su peldaño más elevado. Lenin considera que materia y conciencia como categorías gnoseológicas son amplísimas, las más amplias, por lo cual su definición ha de hacerse indicando cuál de las dos es primaria y cuál secundaria. Mas entiéndase que el marxismo concede a la conciencia una importancia capital; de ella predica que es relativamente autónoma y la precisa como un reflejo dinámico. Tal el ejemplo del arte. La conciencia se encarna en el objeto artístico; los materiales con los cuales se ha elaborado dicho objeto provienen de la realidad exterior, pero la plasmación que hace la conciencia en el objeto artístico de los materiales del mundo exterior no es idéntica al estado natural de éstos. De un estado objetivo natural revierten, a través de la relativa autonomía de la conciencia, en un estado objetivo humanizado. Se **transfigura**, como escribiera Sánchez Vásquez. La conciencia no tiene por qué comportarse según las leyes mecánicas de la cámara fotográfica; por eso el arte es la creación más libre del hombre, porque es creación según las leyes del estado humano y no de la mecánica. El contraste que existe entre materia y conciencia, de acuerdo con la apreciación leninista, es de tipo relativo, ya que si fuese absoluto se dejaría la puerta abierta al dualismo. Tal contraste existe, es real y no puede borrarse, pues con esto se materializaría hasta el pensamiento, lo cual constituyó el error fundamental de Dietzgen, y se estaría retrocediendo a las posiciones del materialismo vulgar, o lo que es lo mismo, borrar dicho contraste sería fundir el materialismo dialéctico con una de las variantes del más pobre idealismo.

Otra perspectiva que nos abre la definición leninista que tratamos es la de que la materia es inagotable para el conocimiento e infinita en profundidad. Contra quienes pensaban que ya el conocimiento del mundo estaba agotado, o que la materia **desaparecería**, Lenin afirmaba: "La **esencia** de las cosas o su **sustancia** también son relativas; no expresan más que la profundización del conocimiento que el hombre tiene de los objetos, y si esta profundización no fue ayer más allá del átomo y hoy no pasa del electrón o del éter, el materialismo dialéctico insiste empero en el carácter temporal, relativo, aproximado, de todos esos jalones del conocimiento de la naturaleza por las ciencias humanas en progreso. El electrón es tan inagotable como el átomo, la naturaleza es infinita, pero **existe** infinitamente, y este reconocimiento —que es el único incondicional— de su **existencia** fuera de la conciencia y de las sensaciones del hombre, es precisamente lo que distingue el materialismo dialéctico del agnosticismo relativista y del idealismo". (Lenin, **Ob. Cit.**,

p. 292). De ahí la optimista actividad de los científicos que tienen como concepción filosófica la del materialismo dialéctico, y su manera serena de encarar el porvenir. Prolongar la vida del hombre dominando las enfermedades; utilizar la energía solar y el calor del subsuelo; prever las calamidades telúricas de todo tipo; producir industrialmente sustancias si se quiere mejores que las nacidas de la misma tierra; cultivar zonas improductivas hasta ahora; regir el tiempo, los vientos y la temperatura y disponer a voluntad de las lluvias y la energía; viajar por el cosmos... son todas ellas realizaciones en cuyo umbral estamos.

También la doctrina de Lenin sobre las sensaciones es básica para entender el cuadro general del materialismo. "Considerar nuestras sensaciones como las imágenes del mundo exterior, reconocer la verdad objetiva, mantenerse en el punto de vista de la teoría materialista del conocimiento, todo ello es uno y lo mismo". (Lenin, *Ob. Cit.*, pág. 137). Sin su coherente y profunda doctrina sobre las sensaciones, nos sería incomprendible la unidad del mundo, tanto como el problema del conocimiento y su historia. Por algo escribe tan claramente: "... para todo materialista, la sensación es, en realidad, el vínculo directo de la conciencia con el mundo exterior, la transformación de la energía de la excitación exterior en un hecho de conciencia. Esa transformación todo hombre la ha observado millones de veces, la observa en realidad a cada paso. El sofisma idealista consiste en considerar la sensación no ya como un vínculo de la conciencia con el mundo exterior, sino como un tabique, un muro que separa la conciencia del mundo exterior". (*Ob. Cit.*, pág. 46). De tal manera, podemos afirmar que de la apreciación que se haga de las sensaciones, de su función, de su papel, depende la posición filosófica que se tenga. Platón —para citar un coloso del idealismo—, redujo la misión de las sensaciones al mínimo: tan solo nos enseñan sombras. Contrasta, por ejemplo, con la posición de los enciclopedistas al respecto. D'Alembert, en su *Discurso Preliminar de la Enciclopedia*, escribe lo siguiente, lo cual resume la posición de los enciclopedistas y del racionalismo del siglo 18: "Todos nuestros conocimientos directos se reducen a los que recibimos por los sentidos; de donde se deduce que todas nuestras ideas las debemos a nuestras sensaciones...". "Nada más indiscutible que la existencia de nuestras propias sensaciones...".

Lo primero que nuestras sensaciones nos enseñan, y que ni siquiera se distingue de las mismas, es nuestra existencia; de donde se deduce que nuestras primeras ideas reflexivas deben recaer sobre nosotros, es decir, sobre este principio pensante que constituye nuestra naturaleza, y que no es diferente de nosotros mismos. El segundo conocimiento que debemos a nuestras sensaciones es la existencia de los objetos exteriores, entre los cuales debe ser incluido nuestro propio cuerpo, puesto que nos es, por decirlo así, exterior incluso antes de que hayamos discernido la naturaleza del principio que piensa en nosotros"; "... todo esto produce en nosotros una inclinación insuperable a asegurar la existencia de los objetos a los que referimos estas sensaciones, y que nos parecen ser la causa de las mismas..." (D'Alambert, *Ob. Cit.*, Aguilar, pp. 31 y ss.). He citado a D'Alambert para subrayar la actitud de todo lo que pudiéramos

llamar el materialismo del siglo 18, ante el papel y el valor de las sensaciones. Lenin piensa que: "en los cimientos del edificio mismo de la materia solo puede suponerse la existencia de una facultad análoga a la sensación". (Lenin, Ob. Cit. Pág. 39). No es casual tampoco que exalte la posición de Diderot, maestro de los enciclopedistas —como lo llama—, respecto de la sensibilidad en general.

Modernamente, y dentro del contenido de nuestra época —el paso del capitalismo al socialismo—, se necesita volver, para dar fe en su empresa a los hombres, a las masas populares, a la valiosísima, insoslayable premisa del papel de las sensaciones como puentes que nos comunican con el mundo exterior. Las filosofías del adormecimiento del sueño crepuscular gnoseológico, vuelven siempre con su acento de vieja melodía a insistir sobre los oídos de la humanidad. "El mundo es así. Nada le podemos cambiar". La época no está para dejar el mundo en su estado actual. La conciencia humana se crece, la subjetividad se desarrolla en combate con el medio, y la historia de los sentidos ha sido la historia de la humanidad. El hombre, a más de la adaptación biológica al medio ha necesitado de una adaptación social, humana, que se explica por la adecuación que ha hecho del mundo a sus propias necesidades. Primero, adaptación pasivo-natural al medio; luego, adaptación activo-social del medio al hombre. El paso de la contemplación viva a la abstracción y de esta a la práctica. Si estamos alejados del medio, si este es incomprensible e inconocible, no podremos llegar a la práctica, a la transformación de aquel. Por eso nuestra preocupación ante muchas novísimas tendencias de la filosofía en el sentido de desviar la atención del contenido de nuestra época so pretexto de la imposibilidad de la acción humana sobre el mundo. En ello juega un rol de primerísimo orden el concepto sobre la sensación y el reflejo. Ya hace cincuenta años Lenin entrevió el peligro que la filosofía de Mach y sus discípulos encerraba para el progreso. Esta filosofía era la claudicación ante el mundo. La letanía del conformismo, entre cuyos presupuestos más caros contaba el de despojar a las sensaciones de su contenido objetivo, separando el ser de la conciencia. Contra esto respondió Lenin que la sensación es la unidad que se penetra recíprocamente de lo subjetivo, todo lo cual constituye la esencia de aquella. "La esencia del idealismo consiste en tomar lo síquico como punto de partida; la naturaleza está deducida de él..." (Lenin, Ob. Cit., pág. 250). Sostener, con el idealismo subjetivo, que los cuerpos son complejos de sensaciones, es quedar inermes ante el porvenir del hombre pues la práctica social actuaría en el vacío, en la nada. Es un principio fundamental del materialismo dialéctico el que afirma que el reflejo es la propiedad general de la materia. A través de él se establece la unidad material del mundo, pues su contenido es el de la mutua e infinita acción de unos fenómenos sobre otros, de unos objetos sobre otros. Esto tiene un valor metodológico clave, ya que nos permite distinguir los distintos niveles de desarrollo de la materia y por consiguiente distinguir el objeto de cada ciencia particular. La ciencia en general debe estudiar la forma en que las diferentes formas de reflejo se convierten unas en otras. Ahí está presente la revolucionaria concepción del movimiento como

desarrollo, aportada a la filosofía por el materialismo dialéctico. Saber distinguir el nivel de cada forma de reflejo, el tipo de movimiento ante el cual no sencontramos, es enrumbar por el camino acertado de la ciencia. Por ello, la unidad organismo-medio, entendida a la luz de la doctrina del reflejo, ha venido a constituirse en una directriz metodológica para el estudio de la materia viva. Y sin la doctrina del reflejo no podríamos explicarnos los problemas más intrincados de las formas de la conciencia social, de la psicología, de la fisiología, etc. Hay reflejos elementales y reflejos muy complejos. Baste un ejemplo: las formas superiores del reflejo-sensación y conciencia, vienen a ser imágenes subjetivas del mundo objetivo, mientras que el reflejo en la naturaleza inorgánica no es una imagen de lo reflejado. Esto lo anotamos para subrayar las gravísimas consecuencias que tiene para la ciencia la confusión de unas formas de reflejo con otras. Quien piensa científicamente debe tener la responsabilidad de saber ver lo nuevo; lo desconocido por nuevo hay que encararlo con serenidad. Desde la más elemental forma mecánica de reflejo, hasta las más complejas elaboraciones de la conciencia humana, el pensamiento abstracto, digamos por caso, la materia se va manifestando en formas infinitamente variadas y siempre ofreciéndonos, en virtud de su desarrollo, rasgos nuevos. Hoy vemos que la previsión de los fenómenos y de los hechos es algo que contabiliza la ciencia como relacionado directamente con la función del reflejo. Tal vez a esto haya dado en llamarse **reflejo de previsión** como una forma anticipada de lo que va a ocurrir y con base en lo cual la ciencia es capaz de adecuar los efectos de muchos fenómenos. Toda ciencia debe tener la capacidad de prever. He ahí su responsabilidad nacida también de la propiedad general de la materia: la de reflejar.

* * * * *

Si la materia tiene como propiedad primera la de ser objetiva ¿qué será el conocimiento? Lenin afirma que el conocimiento es penetración en el interior de la materia a través de un constante proceso. **Como laboratorio de la teoría que es la filosofía** —según la expresión de Althusser—, su ascenso o penetración en las profundidades de la materia es escalonada.

La materia toda podríamos decir que da el contenido al conocimiento absoluto; mas, ¿puede el hombre asir lo absoluto en un momento? En el declinar de la filosofía burguesa, cuando el irracionalismo imprime su huella en el pensamiento, se cree que con la mera intuición ya el hombre tiene suficiente para captar con un solo golpe de la visión intelectual la totalidad del ser y sus rasgos esenciales. Es el canto del cisne. El empuje de la realidad ya no permite sino un análisis dialéctico del mundo. En nuestra época, donde la ciencia, por un alto deber humanitario y humanístico debe incorporarse a la producción y cuando la producción no puede comprenderse sin la ciencia, una y otra se reclaman, pues el hombre ya está entrando en la fase consciente de que no

ha nacido para las cosas, sino que se las adueña y las humaniza. También sabe que no es criatura de la naturaleza sino amo y señor de la misma, que a pesar de sus pasos de gigante (al fin y al cabo pasos), no puede adueñarse de la realidad de una vez por todas. El engrèvement del irracionalismo creyó —remate de la filosofía burguesa—, que ya tenía para siempre el mundo en sus manos. El hombre, con el conocimiento, levanta su estatura natural. Mas es el conocimiento de la materia, la penetración en ella, su dominio, lo que enriquece y engrandece el espíritu del hombre. Carlos Marx, con su extraordinario estilo para decir verdades, ha expresado lo anterior de la siguiente manera: "De este modo, la naturaleza se convierte en uno de los órganos de su actividad, órgano que él incorpora a sus propios órganos corporales, aumentando así, a pesar de la Biblia, su estatura natural". (C. Marx, *El Capital*, FCE, 1959, T. I, Vol. I, p. 199).

Estamos pues ante la verdad de que la primera de las fuerzas productivas es el hombre concretamente entendido. Este ha conquistado paulatinamente sus conocimientos, ha penetrado escalonadamente en la materia. Por ello, los contenidos de la filosofía emanan del nivel de las fuerzas productivas, y de la relación que guarda el trabajador con el explotador. Lenin se esforzó por demostrar que el conocimiento, al ser cosa de hombres, de seres que al producir se levantan contra la naturaleza, atraviesa múltiples, infinitas vicisitudes que lo hacen ser relativo, histórico. "Desde el punto de vista del materialismo moderno, es decir, del marxismo, son históricamente condicionados los límites de la aproximación de nuestros conocimientos a la verdad objetiva, absoluta, pero es incondicionada la existencia de esta verdad, es incondicionado el hecho de que nos aproximamos a ella. Son históricamente condicionados los contornos del cuadro, pero es incondicionado el hecho de que este cuadro representa un modelo objetivamente existente. Son históricamente condicionados cuándo y en qué condiciones hemos progresado en nuestros conocimientos de la esencia de las cosas hasta descubrir la alizarina en el alquitrán de hulla o hasta descubrir los electrones en el átomo, pero es incondicionado el hecho de que cada descubrimiento de ese género es un progreso del "conocimiento objetivo absoluto". En una palabra, toda ideología es históricamente condicionada, pero es incondicional que a toda ideología científica (a diferencia, por ejemplo, de la ideología religiosa) corresponde una verdad objetiva, una naturaleza absoluta. Diréis: esta distinción entre la verdad absoluta y la verdad relativa es vaga. Y yo os contestaré: es lo bastante vago para impedir que la ciencia se convierta en un dogma en el mal sentido de la palabra, en una cosa muerta, paralizada, osificada; pero, al mismo tiempo, es lo bastante precisa para delindar los campos del modo más resuelto e irrevocable entre nosotros y el fideísmo, el agnosticismo, el idealismo filosófico y la sofística de los adeptos de Hume y de Kant. Hay un límite que no habéis notado, y no habiéndolo notado, habéis caído en el fango de la filosofía reaccionaria. Es el límite entre el materialismo dialéctico y el relativismo". (Lenin, *Ob. Cit.*, p. 144).

Vemos que el pensamiento filosófico de Lenin gravita en torno de su concepción de materia. Si el conocimiento es aquel intrincado avanzar en las entrañas de esta, su aspiración es ser verdadero.

Pues así como su contenido es objetivo, viene de la realidad exterior a la conciencia, en igual forma, la verdad, aspiración de todo conocimiento, será objetiva. Esto lleva a Lenin a sostener, contra todo dogmatismo, que la esencia de los objetos es relativa, de lo cual se desprende que el conocimiento humano no tiene límites.

Queremos traer a cuento el ejemplo de la física. A fines del siglo pasado y comienzos del presente, por obra de los descubrimientos hechos por esta ciencia, la física se convirtió en la rectora de las ciencias naturales. El descubrimiento de los rayos Roentgen (1895); el de la radioactividad (1896); y el del electrón (1897) determinaron la dirección de lo que dió en llamarse la **novísima revolución de las ciencias naturales**. Con estos descubrimientos, que vinieron a reemplazar el antiguo cuadro mecánico de la materia, complementados con los que ocurrieron en la segunda década de este siglo, además de los ocurridos en la fisiología, especialmente en lo que se refiere a la actividad nerviosa superior de los animales y del hombre, realizados por Pavlov, y enmarcados dentro de su teoría de los reflejos condicionados, hicieron, por decirlo así, sufrir un **corrimiento** de las concepciones que de la materia se tenían hasta entonces. Se penetró aún más en ella escalonando conocimientos, verdades relativas. Pero como todo gran conocimiento científico convulsiona los conocimientos de la filosofía, esta se desplazó aún más hacia el materialismo en virtud del impulso tomado por las ciencias naturales en las épocas citadas.

Hoy, en el tercer tercio del siglo XX estamos en pleno auge de la era cósmica, lo cual ha traído nuevos conocimientos, verdades relativas, en la profundidad de esa verdad objetiva y absoluta del mundo material. Los descubrimientos cósmicos han traído aparejadas nuevas disciplinas como la biología y la medicina cósmica. Hasta en nuestros hogares, a través de la televisión, se utilizan los satélites artificiales. Y si un satélite circunda la tierra en hora y media, los beneficios para la meteorología son fácilmente deducibles. La física ya trabaja con los elementos llamados transuránicos. En la Unión Soviética se ha sintetizado y estudiado el más pesado de los elementos de la tabla de Mendeleiev, el 104. Está a la orden del día dominar la reacción termonuclear dirigida: con ella, un solo gramo de uranio 235 será equivalente a tres toneladas de petróleo.

La interrelación, cada día más compleja, entre la química y la agronomía aligera vertiginosamente el proceso de la producción y de la recolección de cosechas. La química ya nos proporciona una extensa

variedad de materiales sintéticos. La biología ha penetrado en la esfera de las moléculas y ya los naturalistas tratan de combinar los datos de la química, la física y la biología.

Las manifestaciones de la vida se estudian a nivel subcelular y molecular, con lo cual la medicina sufrirá una revolución no vista hasta ahora. Ciencias como la genética bioquímica y la embriología bioquímica nos detienen en el umbral de realizaciones maravillosas. La cibernética, la biónica, en fin todas las nuevas ciencias que tenemos reunidas en poderosa constelación, son laberintos zigzagueantes en la infinitud de la materia, que a fuerza de tener un contenido objetivo han ido elevando, levantando la subjetividad del hombre hasta cuando pase, como todo un soberano, a base de fuerzas terrenales, de trabajo, de pensamiento, de praxis, del territorio de la prehistoria al de la historia, al de la libertad. ¿Alguna prueba más de la encarnación del pensamiento de Lenin?

* * * * *

La única comprensión científica de la libertad es la que hace el marxismo: tanto por su carácter racional como por lo objetiva, concreta y efectiva. El hombre, a la vez que un ser necesitado es también un ser creador; posee fuerzas naturales que le hacen —según Marx— ser activo. Sufrir necesidades que tienen forma no humana, las cuales lo impulsan hacia los objetos naturales que las aplacan. Mas, a la vez, también es un ser pasivo puesto que los objetos con los cuales sacia su necesidad son exteriores a él, objetivos, no son creación suya. Marx dice al respecto en los *Manuscritos* que es “un ser que padece, un ser condicionado y limitado, como lo son también el animal y la planta...” (C. Marx, *Manuscritos Económico-filosóficos de 1844*, Ed. Grijalbo, 1962, p. 116). Pero el hombre, por ser también para sí mismo es un ser genérico, un ser natural humano, por lo cual —siguiendo el pensamiento de Marx— necesita afirmarse así en su ser como en su saber. Como ser social, la relación con los objetos requeridos por la necesidad se ubica en un plano distinto. Como hombre, como ser humano, se vuelve más necesitado, adquiere más necesidades humanas, algunas de ellas naturales, humanizadas y otras nacidas del desenvolvimiento social, como es el caso de la necesidad estética.

Por el empuje de las necesidades humanas el hombre se vuelve diestro en el manejo de su actividad, la cual aparece como parte de su existencia, y así ya no se comporta como un ser natural que se lanza sobre el objeto, sino que trae el objeto hacia su propio ser. Lo arranca de la naturaleza y lo humaniza vencéndolo. Por eso la necesidad humana torna al hombre en ser activo, con actividad que se plasma en la creación de un mundo humano que antes de su acción no existía.

Es lo que hace Lenin cuando se pronuncia sobre la libertad. Apoyándose en los conceptos heredados de Marx y Engels, y más lejanamente, de Hegel, considera la libertad en relación con las leyes de la naturaleza. "Engels toma el conocimiento y la voluntad del hombre por un lado, y la necesidad de la naturaleza por otro, y en lugar de cualquier definición, dice sencillamente que la necesidad de la naturaleza es lo primario, y la voluntad y la conciencia del hombre lo secundario. Estas últimas deben, indefectible y necesariamente, adaptarse a la primera..." (Lenin, *Ob. Cit.*, pp. 205-6).

El partidarismo de la filosofía es aquí palpable. Aquellos que no hagan de la necesidad una **necesidad para nosotros**, que no la humanizan, no podrán llamarse materialistas, ya que la necesidad **está** en la naturaleza, en su modo de ser. Aquellos que hagan conocimiento de la necesidad están tomando partido en filosofía en cuanto que miden la objetividad de aquella: son materialistas. Nada más humano que entender la libertad como una necesidad liberada, o disfrutada si se quiere. Lenin, nuevamente citando a Engels, escribe: "Hegel fue el primero que supo exponer de un modo exacto las relaciones entre la libertad y la necesidad. Para él, la libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad... La necesidad solo es ciega en cuanto no se le comprende. La libertad no reside en la soñada independencia de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad, que lleva aparejada, de hacerlas actuar de un modo planificado para fines determinados. Y esto rige no solo con las leyes de la naturaleza exterior, sino también con las que presiden la existencia corporal y espiritual del hombre: dos clases de leyes que podremos separar a lo sumo en la idea, pero no en la realidad. El libre albedrío no es, por tanto, según eso, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Así, pues, cuanto más libre sea el juicio de una persona con respecto a un determinado problema, tanto más señalado será el carácter de **necesidad** que determine el contenido de este juicio... La libertad consiste, pues, en el dominio de nosotros mismos y de la naturaleza exterior, basado en la conciencia de las necesidades naturales" (Lenin, *Ob. Cit.*, páginas 204-5).

De tal manera, la relación estrecha entre el partidarismo filosófico y el partidarismo político salta a la vista. El afán de Lenin por organizar la avanzada revolucionaria, por imponer la dictadura del proletariado, por erigir el estado socialista no era porque todas estas preocupaciones —y grandes realizaciones que las hizo— tuvieran un fin en sí mismas. Concebidas como un medio para adueñarse de las necesidades que padecen los hombres. Si antes del marxismo-leninismo el hombre era concebido como un objeto, como un medio, después de él es respetado como un fin, como un sujeto. "El desarrollo de la conciencia de cada individuo humano por separado y el desarrollo de los conocimientos colec-

tivos de toda la humanidad, nos demuestran a cada paso la transformación de la **cosa en sí**, aún no conocida, en **cosa para nosotros** ya conocida, la transformación de la necesidad ciega, aun no conocida, la **necesidad en sí** en la **necesidad para nosotros** ya conocida" (Lenin, **Ob. Cit.**, p. 206).

No quisiera terminar sin antes rendir un pequeño tributo recordatorio a aquel filósofo que hace más de veinticinco siglos, luego de abdicar en favor de su hermano el trono de la ciudad de Efeso, se dedicó, en soledad, a la meditación, para escribir este gigantesco anticipo de lo que hoy hemos creído tratar: "Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ninguno de los dioses ni de los hombres, sino que ha sido eternamente y es y será un fuego eternamente viviente, que se enciende según medidas y se apaga según medidas".

